

dos mis actos como católico y como patriota, emprendí con los medios más débiles que fueron declarados impotentes al principio, una reacción generosa que levantase los corazones del estado de prostración, de servilismo y de tibieza en que se encuentran en esta República. Por la debilidad de los medios que pase en obra y por la desproporción aparente de los mismos con mis deseos que eran remover toda la nación, fui calificado de loco. De loco he sido calificado también por haberla removido demasiado con esos propios medios, y no sólo de loco, sino hasta de cismático. Se ha desplegado contra mí por la autoridad eclesiástica un brazo poderoso de fuerza hasta quitarme los Santos Sacramentos, y en medio de la quietud con que se miran pasar todos los atropellos a lo más tanto que venera la Iglesia sólo para extinguir un periódico que escribía con el título de *El Reino Guadalupeño*, se comovieron todos los ámbitos de la nación y un estridor terrible asoló a los católicos de todos los puntos de la República. En *El Reino Guadalupeño* me proponía despertar a tantos católicos dormidos como hay aquí y vela con inmenso dolor de mi alma, amorosísimamente cristiana, como si no se ponía un remedio herético de valor público y de penitencia, se extinguirían a una entre nosotros la independencia nacional y la fe santa que nos legaron nuestros padres. Se levantaron a seguirme los pueblos y me aclamaron como jefe. Yo lo acepté resuelto a morir por el doble y concatenado amor de la religión y de la patria. No veía las cosas como hombre simplemente político, sino que abarcándolas, desde un vértice más alto miraba el remedio de los males sociales y políticos en la curación interna de muchas llagas de que aquí adolecemos los católicos. Para decirlo en tres palabras, creía que el hombre público nace del hombre doméstico, y el hombre doméstico del hombre interior. Por eso me apliqué a producir en las almas sentimientos de amor de Dios para lograr por ellos, y reformado el hombre interior, el buen orden de las familias y seguidamente la formación del espíritu público. Como el incienso sagrado se eleva hasta las bóvedas de las basílicas, así de todo ángulo de esta patria mínase elevaba el aroma de la oración, de la penitencia, del patriotismo religioso y la aspiración a la perfección cristiana. Rezos, comuniones, peregrinaciones, penitencias de todo género se hacían según mi intención, ya por personas aisladas y hasta por pueblos enteros. Estos empezaban a despertar de su letargo y la masonería tembló ante esta revolución que había escrito en su bandera: *calor pacífico hasta la muerte y el martirio*; y se propuso manifiestar al hombre y desprestigiar su bandera por los medios más disimulados y más hábiles.

Para ello con mucha anticipación y sin que en decirlo acuse la conciencia de mi Prelado, cuyas razones internas dejo a salvo, empezó a robarlo tanto por medio de sus primeras dignidades como por medio de otros hombres que en los matices diferentes que encierra la masonería, son no menos astutos que los primeros. En esta defensa debo ser exacto en los hechos y exacto en la apreciación filosófica de ellos. Respecto de lo primero, en esta nación es público y notorio el que S. S. Ilma. mantiene vastas e íntimas relaciones con personajes conocidamente heterodoxos y que les guarda todo género de consideraciones, postergando a veces a los católicos. Voy a dar pruebas innegables.

Amban de pasar las Bodas de Oro de S. S. Ilma. y en el convite dado para celebrar-

las en el palacio arzobispal, asistieron los personajes impíos más prominentes y consta de la homilía pronunciada en esa ocasión por el Ilmo. Sr. Montes de Oca, que muchos de los invitados a la fiesta en la Catedral eran herejes. De paso diré que ignoro si ha caído en desuso el que delante de éstos se suspendía el santo sacrificio. Para mayor reverencia en el templo, dijo el periódico semi-oficial, *La Voz de México*, que solo los que llevasen traje de ceremonia podrían penetrar a los lugares preferentes, bien que a la hora no se dejó entrar a nadie que vistiese pobremente, de lo que vino a resultar que muchos católicos del pueblo humilde que habían contribuido con su óbolo para la celebración de las Bodas, fueron rechazados por los policías que circunvalaron el templo, mientras que para mayor reverencia penetraban los herejes vestidos de frac y corbata blanca. Así, P. Santo, se entiende la reverencia entre nuestros católicos. ¿No sospecháis, P. Santo, que un católico que como yo se alzara a predicar una restauración valiente había de caer a los dobles golpes de la masonería que aborrece el bien y de la tibieza que no sabe ni quiere defenderlo? En vuestra última Encíclica, que no ha publicado aquí el Ilmo. Sr. Labastida, decís que no es debido el encubrir una situación de persecución para la Iglesia, y con ese documento vuestro en la mano pregunto ¿qué pensará el pueblo de la situación actual que para el catolicismo es pésima, sino que es tolerable cuando ve a los lobos sentados a la misma mesa que los Pastores en día solemnisimo, y en que cualquier incidente es de la más alta significación? ¿Qué hubiera dicho el pueblo romano si vos en vuestras Bodas hubierais preferido a Crispi y sus secuaces, y los hubiérais sentado a vuestra mesa?

Como en este escrito he de preferir a documentos privados los públicos, os voy a demostrar de un modo ineluctable no ya sólo el que la masonería ha rodeado insidiosamente al Ilmo. Sr. Labastida para ver cómo lo envuelve y precipita, con la más buena intención de parte del Prelado, sino que no faltan periódicos católicos y hasta Prelados que encubren la verdad de la situación. Acaba de publicarse por un señor Cura en actual ejercicio un opúsculo titulado: "Catolicismo espiritante en algunos pueblos de la Arquidiócesis de México debido a la dominación secular, etc." Contiene ese opúsculo una exposición para Vos, otra anterior, y que fué inútil, para el Ilmo. Sr. Labastida y todo él encierra los cargos más terribles.

Sin formular fallo acerca de ese opúsculo, lo cual no me toca, hago sólo esta observación. Antes y en Julio de 1888 el mismo Sr. Cura escribió otro por el mismo tenor, y S. Ilma. recogió los ejemplares. O lo que contenía el opúsculo de 1888 eran verdades ó calumnias. Si verdades, sacad vos la consecuencia; y si calumnias, ¿cómo es que el Sr. Cura García es colocado después sin habersele formado juicio, en el curato de Atlacomulco?

Pues bien, ¿qué dicen los periódicos católicos hablando del opúsculo del Sr. Cura García? En *El Heraldo* de 2 del presente se encubre la situación al contestar el opúsculo, y se pondera la "discreción excopeional" del Prelado a quien se deb.—P. Santo, servíos oírlo—"esta ESPECIE de paz en que se ha dejado al Catolicismo en nuestro país." Sin duda, P. Santísimo, que "esa especie de paz" os recordará aquello del libro inspirado y que es el retrato de nuestra situación: *pax, pax et non erat pax!* Sin embargo, P. Santo, si queréis ver la verdad de esa paz,

veed el artículo del mismo periódico intitulado *Disolución*, en que se habla de "las vías abandonadas de la fe," y se dice: "¿cómo es ida la apacible piedad de nuestros antepasados? ¿Es este el pueblo cuya proverbial religiosidad y honestas costumbres eran una esperanza y un consuelo?" "La especie de paz en que se ha dejado al catolicismo" por virtud de la política de "conciliar todos los ánimos," hace que el Ilmo. Sr. Obispo de Sonora en su última Pastoral publicada en el número 97 de *La Voz*, se queje de que casi no hay allí catolicismo. ¡Paz de la somnolencia, paz de la agonía, Santísimo Padre, si vos no poneis aquí enérgico remedio! Y no sólo en *El Heraldo* vereis el retrato de la paz, en *La Voz* del 1º de Mayo último sabreis que México "se ha entregado en brazos de la molición, de la negligencia y la inmoralidad;" y en *El Tiempo* de 3 del mismo, vereis una sección consagrada a los crímenes y delitos que diariamente se perpetran en esta sociedad pacífica.

Mas esta situación es encubierta también en esferas más altas. En la Homilía pronunciada por el Ilmo. Sr. Montes de Oca el 8 de Diciembre, en celebración de las Bodas de Oro, se agotó el repertorio de los elogios para el tino, tuclo y prudencia del Prelado de la Arquidiócesis que había sabido preservar de tantos males a esta Iglesia y ponerla en camino de gloriosa prosperidad. Esto fue en la mañana. Mas en la noche de ese mismo día, y en la velada consagrada al Ilmo. Sr. Labastida, se expresó así el Ilmo. Sr. Montes de Oca:

"Ten piedad ¡oh Señor! de la que fuera Reina una vez, Iglesia Mexicana, Y ahora gime esclava y prisionera Como en cerrado harem infiel sultana. Sus grillos dorados la Impiedad altera; Con falsos oropeles la engalana; Hasta su justo llanto le da enojos Y seca con el látigo sus ojos."

La contradicción es evidente y esta sí es la verdadera situación de la Iglesia en México que está pintada de cuerpo entero. Pero bien, P. Santísimo, la Homilía de la mañana ¿no es encubrir la situación que con tanta fidelidad se pintó por la noche? En vuestra última Encíclica habláis de la necesidad de la lucha, y supuesto que esta no puede dar buen resultado sin capitales ni disciplina, en ella encarecéis la unión de los católicos entre sí, y el respeto y subordinación a los Obispos. Mucho se ha citado contra mi esa parte de vuestra Encíclica, pero ¿por que misterio S. S. Ilma. no la ha publicado? Padre Santo, como esta es una defensa hablo yo con la libertad del que se defiende, y digo que es de suponer que no la ha publicado, porque allí habéis hecho el retrato más acabado de la política de callar, de tolerar, de tener miedo a mayores males y de encubrir, que aquí se sigue, como os lo acabo de demostrar, y lo habéis condenado por estas palabras:

"Hay, en efecto, quienes piensan que no es oportuno resistir de frente a la iniquidad por temor, dicen ellos, de que la lucha exaspere más a los malvados."

"¿Tales hombres están en favor ó en contra de la Iglesia? . . ."

"Lamentan la pérdida de la fe y la perversion de las costumbres, pero no piensan en poner ningún remedio a estos males, y aun no es raro que AUMENTEN SU INTENSIDAD, bien por una indulgencia excesiva, ó un pernicioso disimulo."

Aquí no han querido entender estas palabras vuestras, P. Santo. No han querido entender que la "indulgencia excesiva" y el